

Persona y cultura en Juan Pablo II

José Ramón Velasco

Desde sus primeros discursos, Juan Pablo II ha expresado su profunda preocupación por el hombre. Temas como la libertad, los derechos humanos, la dignidad, la verdad, etc., se encuentran en el corazón de sus enseñanzas. Conoce al hombre y lo defiende con claridad y firmeza.

El aspecto de la cultura, en el que se resume todo el obrar humano —la cultura como «un lugar para la acción con los otros»¹—, ocupa buena parte de sus reflexiones antropológicas. Habla de un individuo capaz de elevarse por encima de los límites de lo puramente humano y trascender. Cree profundamente en el hombre porque en él ve brillar el rostro mismo de Cristo.

Esta inquietud por unir estrechamente el tema de la persona y la cultura se encuentra en su pensamiento desde los inicios. Ya desde la plataforma de su libro «Persona y Acto» (1969) ha buscado dejar claro el concepto de la dignidad del hombre que realiza la cultura. «El término persona ha sido elegido para subrayar que el hombre no se deja encerrar en la noción de individuo de una especie»².

Karol Wojtyła fundamentó buena parte de su filosofía en el pensamiento de Max Scheler. De allí bebió algunas intuiciones sobre la persona que se manifiesta en los modos culturales. La concepción scheleriana de la persona se fundamenta en el hecho de ser lugar de la manifestación de todos sus valores, acompañada de la negación de que los valores puedan manifestarse y realizarse fuera de la persona. «Es precisamente el descubrimiento de la persona y del carácter particular de la existencia personal, en el interior de la cual se

¹ Karol Wojtyła, *Persona y acción*, B.A.C., Madrid., 1982, p. 86.

² Karol Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, Razón y fe, Madrid, 1978, p. 15

revela el valor, lo que constituye el gran descubrimiento de Scheler»³.

En el pensamiento de Karol Wojtyła se perciben los fundamentos de sus posteriores enseñanzas como sucesor de Pedro. Buttiglione recoge una particular descripción de cultura en el pensamiento de Wojtyła como «capacidad del hombre de amar, de respetar y de utilizar todas las cosas, cada una según la dignidad que le es propia»⁴. Este texto nos sirve para intuir las líneas maestras de su pensamiento filosófico. Destaca especialmente el concepto del hombre que tiene el derecho de usar los objetos que están en el mundo, de transformar la cultura. Más aún, «precisamente la radical implicación de su interioridad en el mundo de las cosas hace que él no pueda realizarse a sí mismo si no es mediante un uso racional de los objetos del mundo»⁵.

Desde la perspectiva de la dignidad de la persona como fundamento la cultura queremos plantear este estudio. Para ello comenzamos definiendo de qué cultura hablamos y cómo se concibe la dignidad de la persona. En un segundo momento veremos cómo la persona humana constituye el centro de la cultura, por lo que el fenómeno cultural depende de la concepción del hombre que se maneje. La relación entre persona y cultura concluye la exposición destacando algunas de sus manifestaciones: la cultura de la vida contrapuesta a la cultura de la muerte y a otras concepciones parciales de la cultura.

I. Cultura y persona

1. ¿De qué cultura hablamos?

Resulta difícil encerrar en un concepto los amplios horizontes de la cultura. La cultura encuentra su fundamento en la misma esencia compuesta del ser humano, en su naturaleza de *animal rationale*. Esta condición racional del hombre, que lo sitúa por encima del

³ Rocco Buttiglione, *El pensamiento de Karol Wojtyła*, Ed. Encuentro, Madrid 1992, p. 113. En este libro, el filósofo italiano nos ofrece excelente resumen del sentir filosófico de Karol Wojtyła.

⁴ *Ibid.*, p. 348.

⁵ *Ibid.*, p. 111.

resto de los seres creados, constituye el fundamento de lo específicamente humano, las obras del hombre. Por eso E. Cassirer afirma que la principal característica del hombre es su obrar: los valores, las costumbres, la lengua, es decir, la cultura⁶.

La cultura indica la aplicación metódica del hombre al desarrollo de las propias facultades innatas. Por lo tanto, en el plano personal se puede hablar de una cultura de la inteligencia, del juicio, de la sensibilidad, etc. En el plano social, cultura indica el conjunto de aspectos intelectuales, morales, materiales, de los sistemas de valores, que caracterizan una civilización; por ejemplo la cultura greco-latina, la cultura occidental, etc.

Etimológicamente el término cultura viene del latín, *cultura terrae*, la agricultura. De aquí aplicamos el término a la *cultura animi*, cultura del espíritu, del obrar del hombre. Finalmente ha tomado la acepción de *cultura deorum*, el culto que el hombre tiende a ofrendar a los dioses.

En el campo filosófico se entiende la cultura como la forma espiritual de una sociedad. Para Marx, la cultura pertenece a la «superestructura» de una sociedad, basada fundamentalmente en el sustrato económico. Dilthey resalta el fenómeno cultural dentro de un espacio temporal, como expresión de las tendencias e impulsos; deja así la definición a merced del relativismo. Spengler afirma que la cultura pertenece a los «universos formales» como plasmación de la sangre y la raza. Scheler, en su filosofía de los valores, refiere la cultura al proceso de humanización. Esta última, como ya dijimos, enlaza claramente con el pensamiento de Karol Wojtyła y el magisterio de Juan Pablo II.

Este concepto de cultura ha recibido una fuerte iluminación por parte de la doctrina del Concilio Vaticano II. La cultura de un pueblo, según la *Gaudium et spes* 53, es el modo particular como los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios. La cultura es, por tanto, un estilo de vida común. Se trata de la «vida de un pueblo» que no puede prescindir de la dimensión trascendente de quienes conforman un grupo humano. Por lo tanto se ofrece una visión de la cultura a partir del hombre individual. Esta dimensión subjetiva encierra las condiciones para considerar al

⁶ Cf. E. Cassirer, *Saggio sull'Uomo*, Ed. Armando, Foma 1977, p. 144.

hombre como sujeto activo y pasivo de la cultura. Por lo tanto, para transformar una cultura, conviene comenzar por el cambio del hombre concreto, autor de la misma.

El Papa, en línea con el Concilio, señala un concepto de cultura profundo, íntimo y, a la vez, comprensivo de los diversos aspectos del hombre. En su doctrina la cultura no se agota en el cultivo del espíritu de forma subjetiva, ni mucho menos en los frutos del actuar humano como el arte, la ciencia, la filosofía, etc. Para Juan Pablo II la cultura es el hombre mismo que se expresa. Por lo tanto, todo el conjunto de valores y formas de manifestarse que constituyen la cultura brotan del proceso de objetivación de una interioridad. Por eso la cultura es el foro donde los hombres se humanizan mutuamente. El cultivo del hombre y de la cultura depende, lógicamente, del proyecto-hombre que se tenga delante de los ojos y que se proponga realizar.

En sentido metafísico podemos afirmar que las manifestaciones culturales elevan la naturaleza del hombre porque lo impulsan a salir de lo irracional para afirmarse en lo intelectual y espiritual. En el discurso ante la UNESCO del 2 de junio de 1980, Juan Pablo II definió la cultura como «aquello por lo cual el hombre en cuanto hombre se hace más hombre, "es" más, accede más al "ser"».

2. ¿Importa la dignidad humana a la hora de hablar de cultura?

El concepto de hombre siempre ha constituido tema de debate. A la pregunta «¿quién es el hombre?», cada grupo cultural intenta aportar una particular definición, dependiendo del aspecto humano que se quiera resaltar: la voluntad de poder en Nietzsche, el complejo de los instintos en Freud, la creación de utopías en Bloch, la total libertad en Sartre, etc.

Si restringimos nuestro estudio al término persona, debemos hablar de varios tipos de acepciones: teológica, filosófica, humanística. En el nivel filosófico, tradicionalmente a la substancia singular e individual se le llama «supuesto» cuando es completa y subsistente, y cuando es de naturaleza racional, nos encontramos ante la persona.

Por lo tanto, la racionalidad es lo que eleva al hombre sobre el resto de las criaturas terrenas.

Ante la pregunta sobre la dignidad de la persona se ofrecen varios intentos de respuesta. Algunos piensan que se trata de una dote natural propia del hombre. Otros, que Dios mismo ha otorgado este don, por lo tanto debe ser salvaguardado. Incluso se pueden encontrar otras explicaciones que ponen la dignidad de la persona en la razón, en el sentimiento, en la relación inmediata del hombre consigo mismo, en la conciencia, etc. Pero, ¿qué motiva esa postura de valoración de la dignidad humana?, ¿en qué se puede fundar esa pretensión de identidad personal de hombre?

El hombre no es un ente más entre los otros entes porque es capaz de reflexionar sobre su propio acto de entendimiento. Y esto viene propiciado por la posibilidad de separar lo concreto de lo universal, dada la espiritualidad de su conocimiento. Por lo tanto el hombre, espíritu encarnado, se encuentra abierto al Ser porque se dirige hacia lo ilimitado; disfruta de una apertura total al absoluto que conforma la constitución fundamental del hombre, conforma su propia identidad.

El hombre es un ser que quiere elegir su modo de realizarse en cuanto tal y ordena su valor más alto hacia esta elección. Ser un «yo», una persona auténtica, no renunciar a sí mismo, poder explicarse según los propios modos, ser parte activa y responsable de los distintos papeles que se asumen, resultan modos diversos de desarrollar la misma exigencia.

Por simple experiencia sabemos que la persona, ser racional, se encuentra dotada de conciencia y libertad. Por lo tanto, un niño desde el momento de la concepción es persona, aunque su conciencia y libertad se encuentren en estado incipiente. De este modo participa también de los derechos de la persona al igual que lo hace el anciano que ha podido quedar impedido por la enfermedad del uso pleno de su libertad.

De esta concepción del hombre basada en su dignidad personal se deriva toda la orientación del obrar humano, puesto que el ser antecede al obrar y lo condiciona. Ya vimos con Cassirer que la cultura es la principal característica del obrar humano. Por lo tanto, la persona humana, considerada en toda su dignidad, motiva un obrar

cultural concreto. Una cultura que olvida este aspecto de la dignidad del hombre viene definida como «cultura de la muerte» en palabras de Juan Pablo II. Para que un proyecto cultural sea válido es necesario que se realice según la medida del hombre integral. Un proyecto cultural en el que se privilegie el ser antes que el tener, el amor más que el terror. Por eso el objetivo de la verdadera cultura se centra en dotar al hombre de todo su sentido de persona, de hacerle un espíritu plenamente desarrollado, capaz de realizar completamente las propias capacidades.

El fundamento de la dignidad del hombre se encuentra en su naturaleza superior. La conciencia es la voz interior que revela al hombre su dignidad y le manifiesta el carácter moral de su actuar y existir en un medio cultural. En este contexto, la Iglesia permanece comprometida en la tarea de concretar las exigencias de la dignidad personal y trascendente del ser humano que se refleja en el modo particular de manifestarse de cada cultura.

En la persona el elemento espiritual está unido de tal forma al somático que constituyen un único ser psicosomático. Por lo tanto, descubrimos un ser en el que el alma espiritual e inmortal es principio de unidad del ser humano, aquello por lo que éste existe como un todo personal. La persona descubre los valores que le conducen a la reflexión ética y pueden ser capaces de crear una determinada cultura. Este valor no lo crea la razón, sólo lo descubre; le viene dado al hombre por su condición de espíritu encarnado.

La primera encíclica de Juan Pablo II *Redemptor hominis* (4-III-1979) se centró en el misterio del hombre a la luz de Jesucristo que revela la plenitud de la verdad (cf. nn. 8-10). Para el Santo Padre el hombre es algo más que la sola corporalidad. Y no se agota tampoco en la temporalidad, ya que trasciende la historia. Al comentar el Génesis en el n. 16 de la misma Encíclica, sostiene que el hombre tiene una «innata dignidad» por ser «imagen de Dios» (cf. *Gn* 1, 27). Por lo tanto la valoración de la dignidad del hombre depende, en parte, de la concepción que éste tenga de Dios, de quien se deriva —por título de creación— la suya propia. El hombre no se entiende sin el Creador. De hecho, la pregunta sobre el hombre siempre entraña la correlativa pregunta sobre Dios. Así lo afirmaba

Teófilo de Antioquía: «Mostradme vuestro hombre y os mostraré mi Dios»⁷.

3. ¿La Iglesia, tiene algo que decir a la cultura?

Todavía hoy encontramos individuos o grupos que se preguntan sobre las razones que mueven a la Iglesia a insertarse en el mundo de la cultura. Para algunos el campo de la Iglesia se debería restringir solamente al aspecto espiritual de la persona. Según esta postura, la Iglesia se excedería en su misión al intentar dialogar con el mundo de la ciencia, la política, el arte, etc.

Intentemos responder a esta objeción. En el ámbito de la Iglesia, el orden sobrenatural de la gracia supone y se organiza sobre un orden natural humano recto. La verdadera vida cristiana, que se encarna en un orden natural humano, supone la vida de la inteligencia y de la voluntad ordenadas, respectivamente, a la verdad y al bien.

El orden sobrenatural cristiano ayuda a restablecer el orden natural humano. La acción sanante de la gracia procura al hombre las condiciones de posibilidad para lograr el perfeccionamiento humano que constituye un fundamento privilegiado para la cultura de los pueblos. Lo cual no quiere decir que muchos aspectos del orden humano no puedan realizarse sin la gracia. La historia de Grecia y Roma demuestran, en el plano del arte, del derecho, de la filosofía, etc., esta posibilidad de cultura a nivel puramente humano. Y actualmente también se aprecia este desarrollo cultural positivo en una sociedad secularizada.

Cuando la cultura se refiere a los aspectos más elevados del espíritu, siente que necesita un apoyo especial. Juan Pablo II en la encíclica *Redemptor hominis*, recogiendo una afirmación del Concilio Vaticano II, subraya que «Cristo revela el hombre al hombre mismo» (n. 10 y GS, 22). Por ello percibimos el valor real de un hombre cuando nos acercamos al Crucificado y le vemos agonizar por el hombre. De esta visión unitiva entre naturaleza y gracia se deduce el interés continuo de la Iglesia por defender al hombre y su cultura.

⁷ Teófilo de Antioquía, *Ad Aut. 1, 2*

Cristo devuelve su propia grandeza y dignidad al hombre permitiéndole redescubrir el valor de su humanidad que, por efecto del pecado, se había oscurecido. Por eso el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado (GS, 22).

Cuanto más nos acercamos a Cristo, con mayor nitidez percibimos el valor del hombre, su dignidad esencial. La desorientación cultural de nuestro momento histórico encuentra aquí la respuesta a uno de sus grandes porqués.

Si la cultura prescinde de Cristo, los inmensos interrogantes sobre el hombre, su dignidad, su destino, etc., en ocasiones sólo encuentran respuestas parciales.

En un rápido recorrido histórico resulta fácil observar que la relación entre la Iglesia y la cultura no se centra en la postura del antagonismo ni de la asimilación. Basta recordar los esfuerzos de san Pablo por delimitar los dos campos. Los padres de la Iglesia también distinguían ambos aspectos, pero hablaban de la necesidad de que el sujeto que vive la fe dé vida a la cultura.

Hasta el Renacimiento la cultura encontraba un punto de apoyo fundamental en la concepción teocéntrica de la vida. A partir de este momento la obra cultural ya no se centra en el ser trascendente y en Dios, sino en el hombre histórico. Una parte importante de la cultura se seculariza y se empieza a desarrollar al margen de la fe y la teología y, en ocasiones, sobre todo a partir del Iluminismo, en contra de ellas.

Nuestro siglo ha heredado estas corrientes inmanentistas. La cultura, en ciertos casos, ha olvidado algunos niveles superiores del espíritu, de la trascendencia, para desenvolverse casi exclusivamente en los de la ciencia, la técnica y la economía. La Iglesia, por tanto, se enfrenta al reto de recordar a la cultura algunos de sus valores importantes.

Con ello pretende iluminar al mundo con su visión de los valores humanos, morales y religiosos. «La Iglesia ha vivido en alianza continua con las letras, las artes y las ciencias; y esta ininterrumpida asociación, que se ha manifestado recíprocamente fecunda, está

llamada a seguir siendo fuente de creatividad y vitalidad intelectual en el futuro»⁸.

II. Centralidad de la persona en la cultura

1. La cultura, epifanía de la persona

Mediante el arte, la técnica y el progreso el hombre transforma la realidad y la dota de un sentido particular, dependiendo de las circunstancias personales del individuo y el grupo. La persona, por sus ansias de trascender lo puramente material, no puede vivir sin realizar y realizarse en un ámbito cultural. La cultura es un modo específico de existir y ser del hombre. Por eso, la vida humana forma parte también de la cultura porque, a través de ella, el hombre se destaca del resto de las criaturas terrenas. El hombre no es uno más en el concierto de la creación.

El hombre, imagen de Dios, encuentra en Él su principio y fin. Su proyecto de existencia y de construcción cultural se enmarca en este ámbito. Partiendo de este fundamento se puede construir el edificio jerarquizado de los valores. Pero, ¿qué es un valor? En sentido general valor designa aquello por lo que una cosa es útil o deseable, lo que hace a una persona digna de aprecio, lo que constituye su mérito. En el plano de la cultura, el valor es un bien al cual se dirige la opción de los hombres⁹. Por ello, en el seno de una cultura, los valores se ordenan en sistemas que condicionan, inspiran y orientan los comportamientos; por ejemplo, el respeto al hombre como valor fundamental exige, como valor correlativo, la observancia de la justicia y un régimen de leyes. Una cultura que privilegie los valores materiales tendrá una configuración distinta de la de una sociedad que conceda la primacía a los valores no materiales.

Los valores son parámetros para guiar las opciones personales en el intento de alcanzar el fin último. Sin embargo, descubrimos que el conjunto de recursos y potencialidades del hombre puede volverse fácilmente contra él si no es regido por un objetivo moral y por una orientación que vaya dirigida al verdadero bien del género

⁸ Juan Pablo II, *Discurso al mundo de la cultura*, Buenos Aires, 12-IV-1987, 1.

⁹ Cf. Battista Mondin, *Filosofía della cultura e dei valori*, Massimo, Milán 1994, pp. 195-197.

humano. Por ello resulta esencial concebir la cultura de los valores como un medio eficaz para orientar los individuos y los grupos en razón del bien que se busca. Si falta esta valoración ética, se puede llegar a consecuencias insospechadas para la humanidad¹⁰. Resulta, por tanto, obvia la prioridad de la ética sobre la ciencia; la primacía de la persona sobre el resto de los seres; la superioridad del espíritu sobre la materia.

Las distintas tendencias filosóficas procuran una escala de valores particular dependiendo del aspecto que consideran fundamental en su concepción del hombre. Y en ocasiones se prescinde del valor absoluto de la verdad para construir sobre ella el proyecto de vida personal. Los grandes problemas que afectan a la cultura contemporánea tienen su origen en esa pretensión de marginar la vida personal y pública de una recta escala de valores. Así lo resume el Santo Padre en su discurso a los intelectuales peruanos: «Sin valores no hay posibilidad real de construir una sociedad verdaderamente humana, pues ellos determinan no sólo el sentido de la vida personal, sino también las políticas y estrategias de la vida pública. Una cultura que ha perdido su fundamento en los valores supremos se vuelve necesariamente contra el hombre»¹¹.

2. Cultura humana integral

Es preciso comprender al hombre en su verdad plena, al hombre integral. «Somos hijos de una época en la que, por el desarrollo de varias disciplinas, la visión integral del hombre puede ser fácilmente rechazada y sustituida por múltiples concepciones parciales que, deteniéndose sobre uno u otro aspecto del *compositum humanum*, no alcanzan el *integrum* del hombre, o lo dejan fuera del propio campo visivo»¹². El hombre no puede sufrir mutilación o reducción alguna; resulta imprescindible atender todas sus necesidades personales y sociales que implican una determinada cultura. De la afirmación plena de su naturaleza y necesidades emergen derechos y deberes propios, que de ningún modo es lícito recortar o menoscabar.

¹⁰ Cf. Juan Pablo II, *Discurso a la UNESCO*, París, 2-VI-1980, 22.

¹¹ *Idem*, *Mensaje al mundo de la cultura y de los empresarios*, Lima, 15-V-1988, 4.

¹² *Idem*, *Audiencia general*, 2-IV-1980.

La reducción de la multiplicidad de aspectos en el hombre a uno sólo entraña peligros. Con facilidad se cae en filosofías deshumanizadoras en las cuales el hombre es unilateralmente espiritualizado o materializado, disociado o despersonalizado. Así ha ocurrido con las concepciones marxistas de la sociedad, reductivas del hombre al plano material; o, en el plano opuesto, con las tendencias espiritualistas. Sin embargo, a pesar de estos errores, la plenitud a la que está llamado el hombre por vocación reclama globalidad en la concepción del individuo y del grupo.

El concepto mismo de cultura exige una visión integral del hombre, entendido en la totalidad de sus capacidades morales y espirituales, en la plenitud de su vocación. Considerar al hombre como compuesto de cuerpo y alma, o mejor, como espíritu encarnado, fundamenta el desarrollo global de todas sus potencialidades. Aquí es donde radica el nexo profundo, la relación orgánica y constitutiva, que une entre sí la fe cristiana y la cultura humana. El humanismo superior que enseña Juan Pablo II se basa en que el hombre posee una dignidad única y merece ser estimado por sí mismo. «La persona es un bien respecto del cual sólo el amor constituye la actitud apropiada y valedera»¹³.

Para que realmente sea integral, se debe presentar en su justa imagen la cultura del «ser» y del «tener»: la ganancia y el afán de dominio en lucha contra la persona humana y sus necesidades. El «tener» del hombre no es determinante para la cultura, se trata sólo de un vehículo para «ser» más y organizar, desde esta perspectiva ontológica, su «tener».

Por ello la cultura del «ser» no excluye la del «tener». Ambas se complementan porque no se podría sostener un humanismo integral privilegiando una de ellas. Pero no las podemos situar en un mismo nivel de cara a conseguir el fin marcado al hombre. El «tener» siempre se debe subordinar al servicio del «ser» y del «actuar»¹⁴.

La cultura, exigencia típicamente humana, es uno de los elementos fundamentales que constituyen la identidad de un pueblo. Aquí hunde sus raíces la voluntad legítima de determinarse como tal. Ella

¹³ Karol Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, p. 38.

¹⁴ Juan Pablo II, *Discurso al mundo de la cultura*, Santiago de Chile, 3-IV-1987, 4.

es la expresión completa de la realidad vital del hombre y la abarca en su totalidad: valores, estructuras, personas.

Y no sólo en el plano humano. No podemos olvidar que la palabra «culto» (*Cultus*) se encuentra en estrecha relación con el término «cultura». Pertenece a la esencia misma de la cultura humana, de las distintas culturas, ese sentido original de admiración, de veneración hacia el elemento divino, hacia lo trascendente. La condición del hombre como ser distinto y superior pròvoca el interrogante antropológico y ético¹⁵. Y sobre este fundamento arraiga lo esencial de toda cultura, la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios.

3. Caminos culturales

a. Cultura de la vida

La cultura de la vida significa para Juan Pablo II¹⁶: respeto por la vida humana desde el instante mismo de la concepción hasta el momento de su término natural; servicio a los que no gozan de privilegios, los pobres, los oprimidos; actitud de acción de gracias a Dios por el don de la vida, por nuestro valor y dignidad como seres humanos.

Cierta cultura contemporánea ha querido negar el derecho fundamental a la vida; como si se tratara de un derecho «incómodo de defender»¹⁷. Por eso el Papa grita en los foros modernos: ¡Respetad al hombre! Insiste continuamente en la defensa de la persona humana. En su discurso a la UNESCO (2-VI-1980) convocó a los dirigentes de los países a una sensibilización en favor del hombre. «¡Hay que movilizar las conciencias! Es necesario convencerse de la prioridad de la ética sobre la ciencia, de la primacía de la persona

¹⁵ Cf. *idem*, *Discurso al mundo de la cultura*, Santiago de Chile, 3-IV-1987, 3.

¹⁶ El término «cultura de la vida» aparece en la doctrina de Juan Pablo II en varias ocasiones: discurso a un convenio de pastoral familiar, Roma (28-IV-1990), 1; mensaje de preparación a la XXX Jornada mundial de oración por las vocaciones, Roma (2-V-1993) nn. 2-4; discurso de despedida de Denver, Colorado (15-VIII-1993), 2; encíclica *Evangelium vitae* (25-III-1995).

¹⁷ Cf. *idem*, *Cruzando el umbral de la esperanza*. Barcelona, Plaza y Janés, 1994, 201.

sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia» (n. 22).

Cuando el Papa habla de transformación de la cultura, lo primero que tiene en mente es la defensa del hombre. En la Encíclica *Evangelium Vitae*¹⁸ la nueva cultura de la vida brota de la justicia y de la solidaridad. Hay en esta propuesta de la Iglesia un claro fundamento antropológico. Al evangelizar el entorno del ser humano, se le devuelve al hombre su capacidad de ser plenamente persona. La cultura debe ser el espacio y el vehículo para que la vida humana sea cada vez más humana (cf. *RH*, 14; *GS*, 38). De este modo el hombre podrá vivir una existencia digna, conforme al designio divino. Una cultura que no está al servicio de la persona no es verdadera cultura.

La visión eclesial de la cultura observa como punto de referencia al hombre; con sus valores humanos y sus aspiraciones espirituales. Promueve, por tanto, una cultura integral que mira al desarrollo completo de la persona humana. La Iglesia se convierte así en garantía y lugar de diálogo, de reconciliación y convergencia de todos los esfuerzos culturales que miren a la elevación del hombre¹⁹. En la búsqueda de la promoción humana, se persigue potenciar la cultura de la vida para evitar el drama de la muerte del inocente, la guerra absurda, la disgregación del corazón del hombre. De lo contrario, «el hombre seguirá explotando vergonzosamente al hombre, sometiéndolo al juego cruel de los intereses o de las ideologías»²⁰.

La Iglesia, empeñada en el diálogo cultural con nuestro mundo, encuentra que en ocasiones no se toma en cuenta totalmente la integralidad del hombre. Con demasiada frecuencia algunas ideologías o sistemas filosóficos actuales prescinden de la dimensión espiritual del hombre. Y sin este elemento, se cierra la posibilidad de diálogo constructivo. Solamente cuando se considera al hombre como un ser «distinto y superior» se ofrece el apoyo para plantear con solidez los interrogantes antropológicos y éticos. De ahí que Juan Pablo II proponga una auténtica revolución cultural que brote de parámetros verdaderamente humanos. Sugiere la *cultura animi* como

¹⁸ En esta encíclica se puede leer el término «cultura de la vida» y «cultura de la muerte» en distintos momentos. Incluso la contraposición o lucha entre ambas se refleja en tres ocasiones de forma explícita: nn. 21, 28 y 95.

¹⁹ Cf. *idem*, *Discurso a los intelectuales*, Quito, 30-I-1995, 5.

²⁰ *Idem*, *Mensaje al mundo universitario*, Guatemala, 7-III-1983, 7.

«forma de pensar y de amar, por la cual el hombre se eleva a la suprema dignidad, que es la del pensamiento; y se exterioriza en su más sublime donación, que es la del amor»²¹.

b. Cultura de la muerte

Por «cultura de la muerte»²² Juan Pablo II entiende la difusión de un espíritu contrario a la solidaridad y que desprecia el valor de la vida humana. Encontramos manifestaciones de esta corriente en el aborto, la eutanasia, la violencia, la droga, el narcotráfico, la contaminación, etc. Se trata de una *Anti-Life Mentality* que lleva a apreciar la eficacia económica y el poder político por encima de la vida. Por ello se puede hablar de una lucha entre los poderosos y los débiles: los sanos pretenden eliminar a los enfermos; los pudientes sin escrúpulos a los pobres. Esta cultura de la muerte busca imponerse a los deseos humanos de vivir, y de vivir plenamente.

En nombre de la misma humanidad, el mundo en ocasiones se vuelve contra la persona. La cultura de la muerte ha tomado formas sociales de legalidad para justificar el crimen más horrible contra la humanidad: el genocidio de pueblos enteros, «soluciones finales», «limpiezas étnicas», el aborto, etc. En esta fluctuación de intereses sociales desviados, la vida humana ha perdido parte de su significado. Juan Pablo II plantea que «solamente una antropología fundada sobre el amor incondicional del hombre y sobre el respeto de su destino trascendente permitirá a las presentes generaciones superar las crueles divisiones y luchar contra las indignidades físicas, morales y espirituales que deshonoran actualmente a la humanidad»²³. Por ello sugiere el Papa que no se ahorren esfuerzos en llevar a cabo una labor integradora que asiente sus bases en un verdadero humanismo integral con el fin de encarnar los valores de la cultura y la historia.

Las raíces profundas de la cultura de la muerte según la *Evangelium vitae* (n. 21) se encuentran en el eclipse del sentido de Dios y

²¹ *Idem*, *Discurso a los hombres de cultura*, Río de Janeiro, 1-VII-1980, 2.

²² Textos fundamentales en los que se explica el término: *Discurso al Movimiento internacional pro-vida*, Roma (15-XI-1991), 3; homilía de la misa en Denver, Colorado (15-VIII-1993), 3; encíclica *Evangelium vitae* (25-III-1995).

²³ *Idem*, *Mensaje al mundo universitario*, Guatemala, 7-III-1983, 8.

del hombre. Se trata de una dominación del secularismo que ha desembocado en un decaimiento del valor de la persona, porque donde se olvida el sentido de Dios, se pierde el del hombre.

El progreso cultural, científico y tecnológico, ha ofrecido, en algunos casos, un fatal resultado deshumanizador. Y el hombre se encuentra indefenso ante el mismo hombre. Grandes paradojas le inquietan porque se le ofrecen simultáneamente un gran avance material y un enorme empobrecimiento espiritual. Por ello se presenta ante una encrucijada: debe elegir con responsabilidad entre la cultura de la vida o la cultura de la muerte (EV n. 28).

Nuestro momento, con el desarrollo de los medios de comunicación, información, etc., se caracteriza por la profusión de testimonios antropológicos de todo género. Estos avances exigen, al mismo tiempo, un esfuerzo por entender con mayor profundidad las riquezas humanas. De ahí se deriva que el Papa llame la atención sobre la acuciante realidad: «También nos encontramos en la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino. Se ha rebajado al hombre a niveles insospechados»²⁴. Y no olvidemos que en este siglo, más que en ningún otro, los individuos y los grupos han visto con admiración cómo sus derechos y libertades venían corroborados unánimemente en las más altas instancias.

Además del secularismo, Juan Pablo II destaca otras causas a la hora de juzgar este fenómeno de empobrecimiento humano y cultural. Acentúa, entre las amenazas más serias contra la dignidad humana, la aparición de un concepto de libertad separado de la verdad y de las exigencias de la ley moral trascendente. La sociedad no puede vivir una ética vacía, necesita cánones para regir su comportamiento. Estas normas morales mínimas brotan del ser y de la naturaleza de las cosas, sobre todo del hombre y de su vocación.

c. Otras concepciones parciales del hombre cultural

El proceso de pérdida de identidad cultural por el olvido de la dimensión trascendente de la persona desemboca en fenómenos de anticultura. La anticultura es todo lo que contradice a la cultura, entendida como progreso del ser humano. Se manifiesta, por tanto,

²⁴ *Idem*, *Discurso inaugural en Puebla*, 28-I-1979, I, 9.

en unos comportamientos que degradan al ser humano reduciéndolo a sus instintos²⁵.

La anticultura se engendra a causa de la opresión o de la explotación de la persona, que impiden al ser humano desarrollarse según sus aptitudes y sus aspiraciones. La verdadera cultura de un pueblo, su plena humanización, no se pueden desarrollar en un régimen de coerción. El hombre necesita espacios de libertad física y moral para ejercitarse como tal.

La Constitución conciliar *Gaudium et Spes* n. 59, afirma la necesidad del hombre de gozar de una justa libertad y una legítima autonomía en el obrar según sus propios principios. Al mismo tiempo que se respeta la libertad individual para propiciar la cultura, ésta debe promover el cultivo de lo que san Agustín llamaba *libertas maior*, es decir, libertad en su pleno desarrollo, moralmente adulta, capaz de opciones autónomas frente a las tentaciones provenientes de una autonomía mal entendida.

Otras causas de la anticultura se manifiestan en un cierto «agotamiento cultural» que se percibe en la postura de algunos sistemas filosóficos que pretenden hacer del hombre un rival de Dios. Doctrinas que buscan consciente o inconscientemente apartar al individuo y a la sociedad de Aquél que es la causa de su existencia.

Todo genuino movimiento cultural o filosófico debe apoyarse en valores trascendentales como la verdad, el bien y la belleza, que no dependen de la adhesión a ellos de un número más o menos grande de personas. Si en una determinada cultura encontramos antivalores «inmanentes y transitorios», se hace necesaria «una renovada investigación y difusión de los valores fundamentales del hombre en cuanto tal, en sus relaciones con sus semejantes y con el medio físico en el que vive»²⁶.

Algunos comportamientos dominados por motivaciones hedonistas, materialistas o anárquicas constituyen también causas y síntomas de anticultura. Algunos hombres, en ocasiones, se encuentran abocados a una existencia carente de sentido, propiciada por una cultura del tener o del disfrutar más que del ser. Corre el peligro de

²⁵ Cf. Hervé Carrier, *Diccionario de cultura*, Ed. Verbo Divino, Navarra 1994 pp. 30-32.

²⁶ Juan Pablo II, *Discurso al mundo de la cultura*, Santiago, 3-IV-1987, 4.

disolverse en materialismos de cualquier tipo y en el consumismo; o ser destruido por una ciencia y una tecnología al servicio de la codicia y de la violencia de poderes opresivos, enemigos del hombre.

La orientación global de la persona hacia la cultura se traduce en compromiso. Es lo que en el pensamiento de Karol Wojtyła encontramos como una dinámica de praxis, de acción. «En la cultura se concentra este aspecto de la praxis humana por el que ésta está continuamente en lucha contra la muerte»²⁷.

Y esta batalla continua contra lo que degrada al hombre se convierte en una solución para los grandes problemas que aquejan a la cultura humana. «La cultura se hace una experiencia y un testimonio perpetuo que se presentan como respuesta a un pesimismo existencial del hombre»²⁸.

En este breve recorrido se ha dejado de lado el tema de la inculturación por límites de espacio. Este aspecto, de patente actualidad, encuentra un puesto importante en el pensamiento de Juan Pablo II como una evangelización del hombre mediante la encarnación de la fe en la cultura.

Por otra parte, la *Gaudium et spes* (II, 2) ha hablado de «el sano fomento del progreso cultural». Ante el mundo actual que se debate en una encrucijada cultural, la Iglesia ha optado por afirmar la legítima autonomía de las realidades temporales.

Por lo tanto, nos ofrece una visión muy positiva de la función humanizadora de la cultura, tanto a nivel individual como comunitario.

Juan Pablo II ha recogido las enseñanzas del Concilio para plasmar ese concepto cultural en nuestro final de siglo. Busca la respuesta a algunas cuestiones que nos preocupan especialmente como la armonización de las diversas culturas respetando al mismo tiempo su idiosincrasia particular, el derecho del hombre a la cultura integral, el papel de la dignidad humana en el desarrollo de las

²⁷ Rocco Buttiglione, *ibid.*, p. 350.

²⁸ Karol Wojtyła, *Il problema del costituirse della cultura attraverso la «praxis» umana*, en «Rivista di filosofia neoscolastica» a. 69, n. 3, p. 524.

diferentes culturas, el feminismo, la ecología, etc. Cada perspectiva humana y social encuentra su lugar en el corazón de la Iglesia.

JOSÉ RAMÓN VELASCO

Español, licenciado en filosofía por la Universidad Gregoriana de Roma y en ciencias de la educación por el C. Universitario de Burgos (España).